

El mito de los comedores de carne humana en América

Oswaldo Silva Galdames
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

INTRODUCCIÓN

Mito es un concepto que tiene varios significados: puede referirse a hechos extraordinarios en los que intervinieron dioses o semidioses en un mundo ajeno al nuestro y, por ende, en distinto tiempo histórico o puede ser un relato fantástico, ficticio, a través del cual se intenta asociar conductas de otros pueblos con una "natural" condición ética y social de inferioridad. Ello evidencia que, en el fondo, el mito es empleado para explicar tanto los orígenes de ciertos elementos propios a cada cultura como para señalar el estado de barbarie o salvajismo de una nación con respecto a otra. Este es el sentido que daremos al término en el presente ensayo.

La antropofagia, el ingerir carne humana por gusto, es un acto repugnante para la civilización occidental. Quien la practica en nada se diferencia del animal carroñero alimentándose con los despojos de individuos de su propia especie. Es un estado peculiar de las sociedades incivilizadas. Signo evidente, desde el punto de vista del divulgador del hecho, de que el grupo que la cultiva se encuentra muy por debajo del nivel humano. La intencionalidad del europeo al acentuar esta costumbre entre las sociedades aborígenes americanas es, pues, evidente. Sin embargo en el Nuevo Mundo, con escasas excepciones, la antropofagia tenía un carácter ritual. Eran *caníbales*.

Caníbal es una voz deformada de *caribes*, gentilicio aplicado a los canoes de las pequeñas islas descubiertas, en 1492, por Cristóbal Colón. A oídos peninsulares sonó *canibas* y por relatos acerca del consumo de carne humana que escucharon, pero no vieron, convirtieron la palabra en sinónimo de antropofagia. En efecto, por boca de su intérprete, un judío que hablaba hebreo, caldeo y algo de árabe, el Almirante anotó en la página de su *Diario*

de a bordo, el 4 de noviembre, haber escuchado de los arahuacos de Santo Domingo y Cuba, que hacia el sur había ínsulas pobladas por

hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros que comían hombres, y que entomando uno lo degollaban y le bebían su sangre, y le cortaban su natura...

¿Cómo pudo recibir este fantástico testimonio?; ¿fue lo que realmente dijeron los arahuacos o lo que quiso entender el traductor judío? ¿Estaba éste capacitado con sus conocimientos lingüísticos, para entender la lengua arahuaca? Las respuestas tienden a ser negativas. Sin embargo la descripción de normas conductuales absolutamente exóticas, se ajustaban a la mentalidad del peninsular del siglo xv que abría sus ojos hacia ese mundo extraño de África, Asia y América, revelado por los viajes de descubrimientos geográficos.

El mito de los devoradores de carne humana empezaba a forjarse.

Más tarde Américo Vespucio se topó, en las costas meridionales del Brasil, con un grupo de nativos, quienes, luego de atrapar a los osados navegantes que habían incursionado en tierra, los despedazaron, comiendo asados los brazos y piernas ante los exorbitados ojos de sus compañeros que permanecían en el navío. El relato del *Tercer Viaje*, publicado en 1505, fue ilustrado con una lámina (Lámina 1), cuya leyenda decía:

Tanto los hombres como las mujeres andan desnudos, poseen un cuerpo bien proporcionado y tienen una piel casi de color rojo. Tienen perforadas las mejillas, los labios, la nariz y las orejas y adornan estas incisiones con piedras azules, pedazos de vidrio, mármol y alabastro muy finos y hermosos. Esta costumbre es propia, sin embargo, sólo de los hombres. No existe entre ellos ningún tipo de propiedad privada, sino que todas las cosas pertenecen a la comunidad. Viven todos juntos, sin rey o jefe de ninguna especie y cada uno es su propio señor. Toman como esposa la primera que encuentran y actúan en todo sin atenerse a ley alguna. Luchan entre ellos sin arte ni regla, se devoran unos a otros, incluyendo a sus muertos, pues la carne humana es una de las formas habituales de alimentación. Acostumbran a salar la carne humana y a colgarla de las casas con el objeto que se seque. Alcanzan la edad de ciento cincuenta años y rara vez se enferman¹.

A la ingestión humana se agregaron otros ingredientes: visten sólo plumas que cubren, cual "minifaldas", desde la cintura hasta más arriba de las rodillas; son de color rojo; los hombres emplean adornos semejantes a los femeninos de Europa; moran juntos, cual animales en su manada; carecen de jefes; cada macho se apodera de la hembra que desea; se comen entre sí sin respetar siquiera los cuerpos de sus difuntos; exhiben las presas saladas y



Das ist ein Bild, was das Volk von den Indianern durch den Hunger zu demselben Ort anfeindlich gemacht hat. Die Leute sind alle nackt, haben keine Schuhe, keine Kleider, sind bloß mit Blättern bekleidet. Auch haben die Frauen in dem Bild ein Kind an der Brust, und das Kind ist auch bloß mit Blättern bekleidet. Das ist ein Bild, was das Volk von den Indianern durch den Hunger zu demselben Ort anfeindlich gemacht hat. Die Leute sind alle nackt, haben keine Schuhe, keine Kleider, sind bloß mit Blättern bekleidet. Auch haben die Frauen in dem Bild ein Kind an der Brust, und das Kind ist auch bloß mit Blättern bekleidet.

Grabado que ilustra la obra de Américo Vespucio. Nótese las piernas, brazos y cabezas colgando del armazón de la ramada. Al costado izquierdo se muestran mujeres degustando brazos y piernas junto a sus hijos. Al derecho barbados nativos conversan animadamente. El ambiente festivo de la escena antropofágica, dibujado por artistas europeos en base a relaciones orales, dio inicio al mito canibal y a la mayor barbarie femenina, compartida por niños aún sin juicio. (En Rojas Mix, 1971).

colgadas como si estuviesen en una carnicería y, para colmo, viven más del triple de años que los europeos.

La fábula crece y crece a medida que se hacía más necesario, en opinión de Arens², contar con energías nativas en las tareas mineras, ganaderas o agrícolas. Esclavizados por ser infrahumanos, obligados a trabajar sin compensaciones materiales y trasladados de un lugar a otro, separándolos de sus comunidades y núcleos familiares, pronto los indígenas caribes se rebelaron y fueron exterminados en la dura lucha de pacificación. Sauer³ estima que sólo en la isla La Española murieron, entre 1494 y 1508, más de 3.000.000 de nativos y eso que, al comienzo, fueron reputados como arahuacos en su gran mayoría. Curiosamente, a medida que los caribes se iban extinguiendo, otros aborígenes, sin lazos culturales con ellos, eran catalogados como caníbales a fin de aplicarles las leyes esclavistas que la Corona había decretado con el fin de domesticarlos.

Para Arens el “mito” del canibalismo tuvo como finalidad justificar la condición laboral y salarial del indígena. Ser antropófago era símbolo de inferioridad, les quitaba a los autóctonos americanos y africanos su condición humana. Los transformaban en seres esclavizables, pues no descendían de aquellos concebidos “a imagen y semejanza de Dios”, los blancos dominadores cuyas costumbres morales, sociopolíticas y religiosas tanto diferían de los cuasihombres de piel negruzca o rojiza.

La tesis de Arens se sustenta en que el mito fue tenido por real y como tal difundido, en América y África, por noticias de quienes nunca vieron, efectivamente, comer carne humana o no hablaban la lengua de sus captores de quienes derivaban las informaciones. La posición es discutible. Forsyth⁴ demostró la debilidad de sus argumentos con respecto de la credibilidad de los testimonios de canibalismo entre los tupinambas del Brasil, proporcionados por Hans Staden, natural de Hesse, quien, en 1554, estuvo preso durante nueve meses y medio en una de sus aldeas.

A nuestro parecer, Arens se confunde al tomar como sinónimos canibal y antropófago. El ritual involucrado en el consumo de carne humana entre sociedades cazadoras-recolectoras o tribales pudo no ser descifrable para los observadores foráneos, pero sí lo fue el ceremonial que rodeaba a este mismo acto en las civilizaciones con una religión estructurada, sobre la base de dogmas y creencias compartidas, y practicada en templos claramente definidos.

Los múltiples relatos de canibalismo en una misma región, entregados por fuentes independientes, es decir, que no se conocieron o leyeron previamente, parecen indicar que fue un uso común a muchas poblaciones de nuestro continente. Lo que sí forma parte del mito es la antropofagia. El gusto por comer asados miembros del cuerpo de sus congéneres amigos o enemigos. Aquí podemos coincidir con Arens en los propósitos de su divulgación. Al respecto cabe citar a Pedro Mariño de Lobera, mal escritor, quien puso en manos del jesuita Bartolomé de Escobar su *Crónica del Reino de Chile*, para que la redujese a “nuevo método y estilo”. Seguramente el ilustrado padre limeño no pudo resistir la tentación de convertir en antropófagos a los araucanos, dolido por la muerte de Pedro de Valdivia y la rebelión general que prendió como resultado de ella. Así (no sabemos quién es realmente el autor del relato), se sostiene que los mapuches durante el verano de 1554 sufrieron grandes hambrunas por no haber sembrado, ocupados, como andaban, en expulsar a los invasores de sus tierras;

Vino la cosa a términos que se andaban matando unos a otros para comer el matador las carnes del que mataba⁵.

y, añade, que a pesar de las buenas cosechas del año siguiente:

estaban los indios tan regustados a comer carne humana, que tenían carnicerías della y acudían a comprar cuartos de hombres, como se



Hans Staden se pintó a sí mismo, en actitud de recogimiento, en esta escena donde un grupo de mujeres acompañadas de niños cocinan la cabeza de una víctima para ingerir los ojos y la carne que la cubre (Staden, 1557). Están cumpliendo la tarea que les corresponde, cocinar, en sociedades con una división natural del trabajo. Nada tiene que ver con una pretendida inferioridad respecto del hombre salvaje.

compran en los rastros los del carnero. Y en muchas partes tenían los caciques indios metidos en jaulas, engordándolos para comer dellos. Y tenían ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y perchas donde colgaban los cuartos. Llegó la gula a tal extremo que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer a un hijo suyo... Y hubo indios que se ataban los muslos por dos partes y cortaban pedazos de ellos, comiéndolos a bocados con gran gusto⁶.



Brazos y piernas de cautivos se hallan en una asadera mientras las mujeres de la aldea tupinamba esperan su turno para comer en medio de una gran algarabía. El europeo del siglo xvi no pudo dejar de resaltar la antropofagia sin detenerse a analizar el ritual y la ideología del canibal. (Staden, 1557).

El relato no puede sino ligarse a las obras que ya habían aparecido en Europa. Recordemos la lámina de Vespucio. La publicación de aquellas verdaderas “memorias con ilustraciones” conformada por la obra de Staden en una de cuyos grabados aparecen prisioneros engordados en jaulas y varones descuartizando un hombre, siendo sus presas e interiores “cocinadas” por mujeres y niños, debieron ser conocidas por el padre Escobar. ¿Cómo pudo, sino, describir tan vívidamente carnicerías, cebados en jaulas y

mujeres con niños consumiendo las menudencias? Es que el mito de la antropofagia, con todas las implicancias, se imponía. Nada conecta el relato del “banquete”, con actividades rituales. Se las trata meramente como actitudes cotidianas y desligadas de aspectos ceremoniales. Ejemplos similares se deslizan en las páginas de muchos cronistas. El escenario civil parece prestarse a lucubraciones fantásticas. Pero cuando el canibalismo aparece con relieves verídicos, se enmarca dentro de contextos ceremoniales. Allí todos los testimonios coinciden en dar una misma opinión: la ingestión de carne se conjuga con creencias mágico-religiosas. Tal es la médula del canibalismo cuya explicación nos adentra en un mundo casi incomprensible para el europeo del período colonial americano.

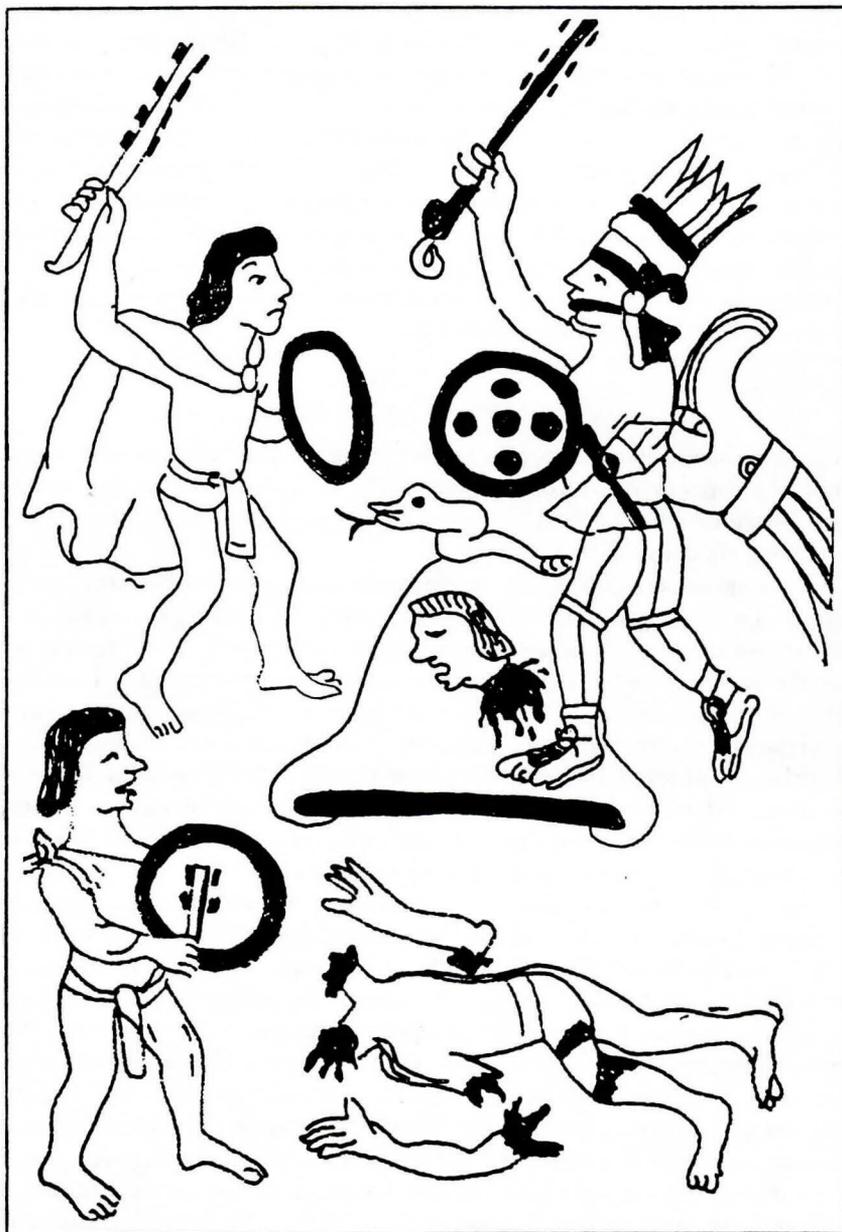
ANIMISMO Y CANIBALISMO

Hay consenso en estimar que la totalidad de las poblaciones prehispanas tenían una concepción animista del mundo; incluso ésta se hallaba presente en las religiones azteca, maya e inca como base subyacente a sus dogmas, creencias y rituales.

El animismo, en su acepción más simple, es la convicción de que todo lo existente en la naturaleza, sea de origen orgánico o inorgánico, posee un espíritu —ánima—. Hombres con poderes milagrosos, los curanderos o magos y los hechiceros o brujos, son capaces de manejarlos, usando la persuasión y la coerción, a fin de efectuar buenas o malas acciones, en forma concordante a la división del universo animista en seres bienhechores y malhechores. Magia y brujería son causantes de gozos y pesares. La población común vive rodeada de seres sobrenaturales cuya acción permanente determina su destino. De ahí que sea necesario mantenerlos gratos a través de invocaciones y pequeñas ofrendas cotidianas.

Los espíritus son portadores, por otra parte, de sustancias mágicas que fácilmente pueden ser absorbidas o introducidas en el cuerpo de los mortales. Ellas conforman el alma de los seres y cosas que pueblan el mundo. Así, por ejemplo, cuando un hechicero muele los ingredientes del veneno por preparar, comienza a someter a suplicios el espíritu de los vegetales, sufriendo acrecentado por la cocción. Éste reacciona liberando las toxinas inherentes a su ánima, depositándola en el líquido que se empleará para untar las armas o mezclará en los alimentos de quien se desea matar. La ponzoña, en sí misma, es inofensiva. Su potencia descansa en aquella porción de la esencia que ha sido liberada por los tormentos experimentados. De igual modo se procede con todas las ánimas del cosmo natural y sobrenatural. Estas últimas son buscadas en sus moradas celestiales o subterráneas por los espíritus de curanderos o brujos, desprendidos de su cuerpo terrenal al caer en trance luego de conjuros mágicos.

El cuerpo humano es portador de una o más ánimas alojadas en sus



Otro tema recurrente en el canibalismo americano. Cabeza y extremidades de los prisioneros son cortadas. La lámina se encuentra en el *Códice Florentino* que fue pintado por ancianos mexicas. Corresponde, por tanto, a la percepción nativa. Llama la atención la similitud de conductas con los mapuches.

diferentes partes. A ellas se deben las manifestaciones de fuerza, destreza, habilidad, poder, y psíquicas que caracterizan la personalidad del individuo. El corazón es concebido como la morada de la más esencial de aquellas ánimas, análogas a las que habitan en animales o vegetales. De lo anterior se desprende que tras la tortura, acto denominado comúnmente sacrificio, liberan el estimulante que, al ser ingerido por otra persona, le otorgará la o las facultades atribuidas. Tal es el fundamento básico del canibalismo, un rito mágico mediante el cual, a través del órgano sede del ánima, el hombre adquiere las potencias que le distinguen.

Pero los espíritus de la víctima siempre buscarán desquitarse en sus similares habitantes en el cuerpo del o de los victimarios. Para evitar la revancha algunas tribus amazónicas acostumbran comer, además del corazón, los ojos, brazos y piernas del sacrificado. Privados de aquellos órganos no podrán ver, apresar ni perseguir a las ánimas de sus martirizadores.

Es, pues, en este contexto mágico-ritual donde debemos encontrar explicación al canibalismo. El mito que lo asocia a prácticas de seres inhumanos o cuasihumanos, pierde, entonces, su sentido "clasificador" y adquiere otra dimensión como exponente del plano ideológico o mental de las sociedades que lo practicaban.

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, testigo presencial, nos relata el sacrificio de uno de sus compañeros, apresado con él, tras la derrota hispana en la batalla de Las Cangrejeras (1629). Sostiene que el cautivo fue conducido, atados los brazos a la espalda y con una soga liada al cuello, hasta donde se encontraban reunidos los caciques y soldados victoriosos. Se le obligó a sentarse en el suelo y, desatadas las manos, le entregaron doce palitos representantes de los capitanes españoles más reputados, a fin de enterrarlos en sendos hoyos que debía abrir para tal efecto y

estando en esto ocupado, le dio en el cerebro un tan gran golpe, que le echó los sesos fuera con la macana o porra... Al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando, y se lo entregaron a mi amo, que después de haberle chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco, y cogiendo humo en la boca, le fue echando a una y otras partes, como incensando al demonio a quien habían ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazón de mano en mano; y en el entretanto andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto, dando gritos y voces a su usanza, y haciendo con los pies los demás temblar la tierra. Acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón a manos de mi amo, y haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se lo fueron comiendo con gran presteza⁷.

La narración entrega una serie de elementos que van más allá del hecho de comer un corazón partido en trocitos. Sin proponérselo el observador nos

describe un ritual mágico. En primer lugar se desprende que estamos frente a un acto de magia imitativa, es decir, la víctima representa a los doce Capitanes individualizados por palos que han sido enterrados en el suelo; sacados del mundo de los vivos para depositarlos en las tinieblas subterráneas como cuerpos difuntos. Su corazón es el de aquellos soldados que aspiran a inmolar en venganza de las bajas que han infringido a los diversos linajes mapuches. Se lo comen antes de capturarlos, esperanzados en que, por encantamiento, lograrán realmente apresarlos en un futuro inmediato. La algarabía y el golpe de pies sobre la tierra, signo de violencia y agresividad, cumple el papel de ahuyentar el ánimo de quien acababan de ejecutar y que han intentado atrapar con los lazos.

Rosales arroja más luces sobre este aspecto cuando escribe que al prisionero

le hazenincar de rodillas y le dan un manoxo de palitos y que con uno haga un hoyo en la tierra, y que en el vaya enterrando cada uno de aquellos palitos en nombre de los indios valientes y de los caciques afamados de su tierra. Y hecho el hoyo, nombra en voz alta a alguno de su tierra y echa un palito en el hoyo, y así va nombrando a los demas hasta que no le queda mas de el último, y entonces se nombra a si mismo y dice “yo soy este y aquí me entierro, pues ha llegado mi día” y mientras esta echando tierra en el hoyo le da uno por detras con una porra en la cerviz...⁸.

Agrega que le cortan la cabeza, los brazos y las piernas, el tronco era arrojado para

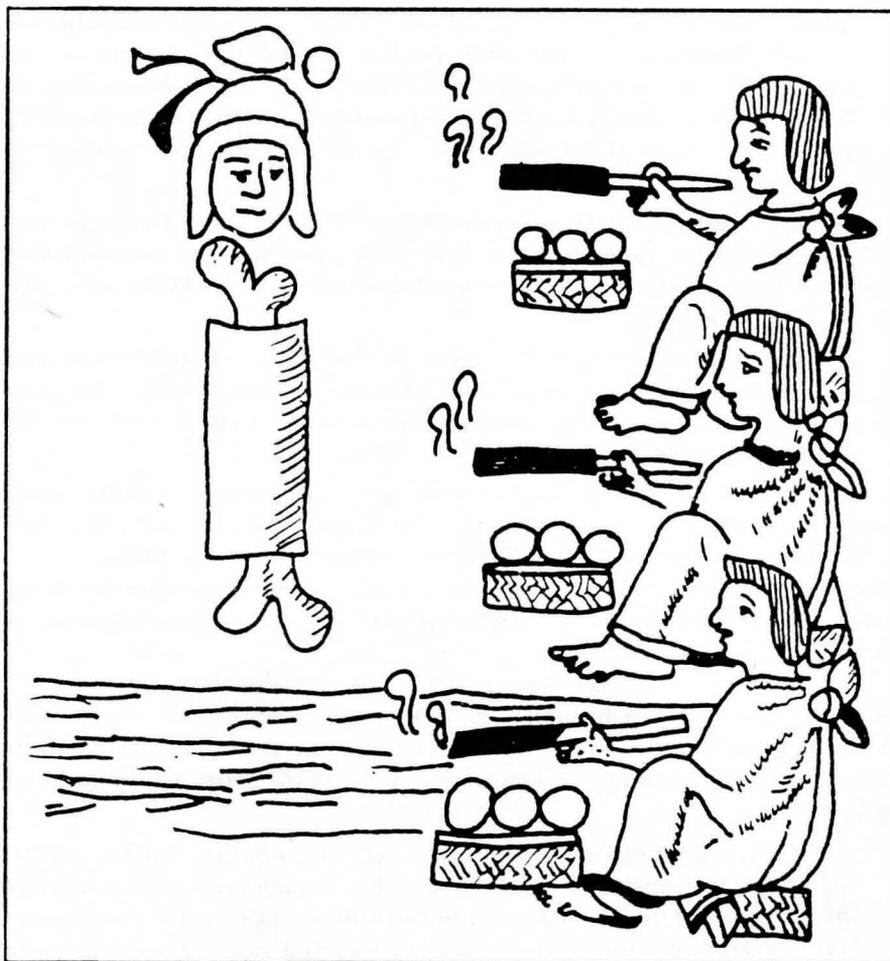
que se lo coman los perros y las aves⁹.

El corazón, según el mismo Rosales, antes de ser ingerido se emplea para rociar las puntas de flechas y otras armas, en claro ritual sortilógico, diziendolas que se harten de sangre¹⁰.

Los huesos de brazos y piernas

los descarnan en un momento, y en estando el hueso limpio le agujerean y hazen una flauta.

La transformación de húmeros, fémures y tibias en instrumentos musicales¹² también se explica en este contexto sobrenatural que rodea el sacrificio de prisioneros de guerra. Se les saca la médula porque piensan que allí reside el ánimo motor de brazos y piernas y, si por algún motivo permaneciese junto a los huesos, confían que el ruido de los sonidos arrancado a las flautas los alejaría. Rosales testimonia esta creencia al observar que sólo los hombres utilizan cucharas,



En el *Códice Florentino* aparece el fémur de un sacrificado envuelto en un paño de algodón. Quizás se pensaba impedir que la substancia animista escapara para buscar venganza. El temor a que los cuerpos de los muertos en batalla fuesen destrozados, liberando sus espíritus en tierras ajenas, llevó tanto a los aborígenes de México como a los mapuches a retirar los cadáveres amparados en la oscuridad de la noche.

porque están persuadidos a que el que come con los dedos se chupa los tuétanos y se consume, quita las fuerzas y envegesce¹³, consecuencia que no importa sufran las mujeres.

Mariño de Lobera narra que tras el asalto al fuerte de Cañete encontraron los cadáveres del capitán Alvarado y tres soldados

aunque sin brazos, piernas ni cabeza, porque los indios se las habían cortado, haciendo casi anatomía de ellas, con tal extremo que con los cascos de las cabezas bebían en sus fiestas¹⁴ y de las canillas usaban en lugar de trompetas¹⁵, como suelen hacer en semejantes ocasiones, diciendo que aquellas canillas tienen las voces muy claras por ser de españoles...¹⁶.

Es que a los enemigos muertos en combates cuerpo a cuerpo, casi sintiendo el aliento, también se les despoja de ojos, brazos y piernas con el objeto de impedir que sus ánimas encuentren a quienes les quitaron la vida. Ovalle, a su modo, expresa:

en sus venganzas son notablemente crueles, despedazando inhumanamente al enemigo cuando le han a las manos, levantándole en las picas, arrancándole el corazón, haciéndole pedazos y relamiéndose como fieras en su sangre¹⁷.

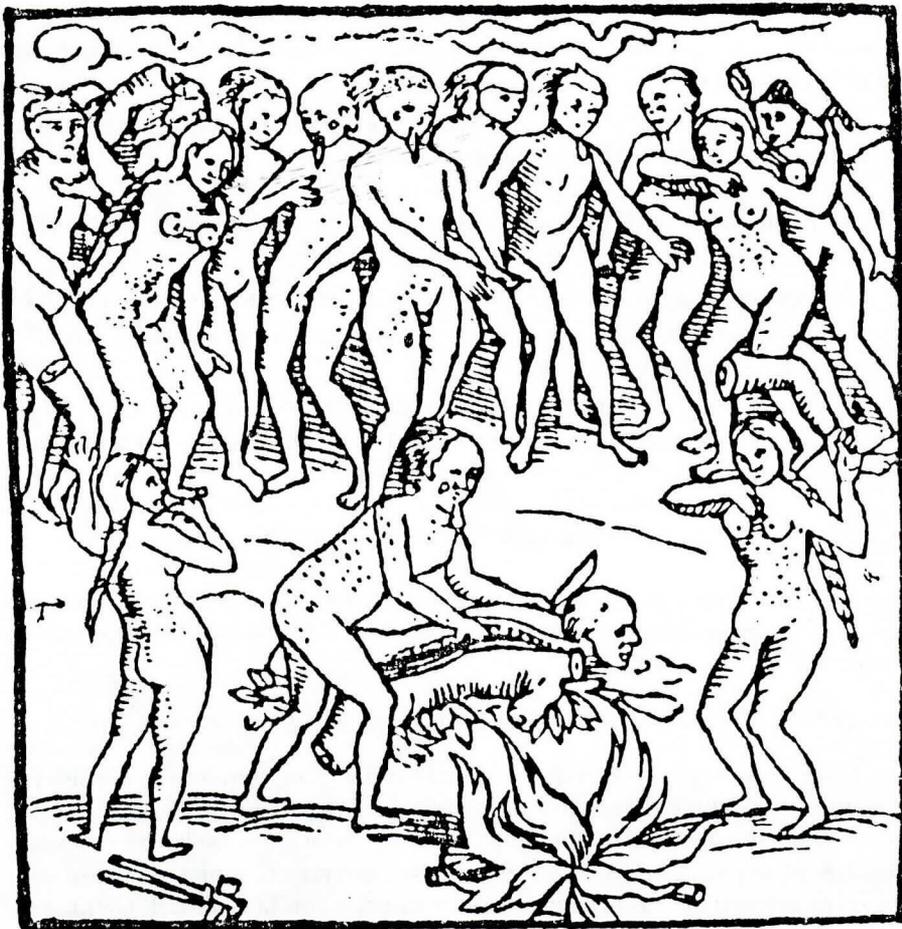
El tabaco aparece casi siempre conectado a situaciones rituales. Acostumbraban lanzar el humo de las pipas hacia el enemigo¹⁸ en la convicción de que sus poderes animísticos, liberados del tormento de las brasas, afectarán negativamente a quienes lo reciban. Suelen cubrir con humo las armas antes del combate¹⁹ para impregnarlas con el espíritu revanchista que se materializará en los rivales.

La función canibalista parece, pues, clara en lo que se refiere a la ingestión de corazones humanos. Sin embargo el mito de la antropofagia aumenta a medida que los conquistadores van sufriendo bajas en sus contingentes. Bibar da cuenta que luego de la muerte de Pedro de Valdivia los indígenas

escomenzaron a comerse, que hasta aquí no lo habían hecho, que los españoles lo supiesen. Y así donde salían españoles, hallaban cuartos de carne de yndios e yndias como carnicería... porque habían algunos principales que se juntaban con sesenta o setenta indios, y su ejercicio era andar por los caminos en tomar gentes para comer. Y a los que llegaban, no dejaban chico ni grande que no mataban, que era lástima ver la destrucción que entre estos bárbaros había...²⁰.

A la antropofagia se une, de inmediato el calificativo de *bárbaro*. La fábula debe acrecentarse;

Vinieron los yndios en tan gran necesidad de comida en algunas partes que se vinieron a comer unos a otros. Y algunos más lo hacían de vicio y bellaquería, que no de la falta de comida que tenían porque se vio en un pueblo estar el marido y la muger al fuego y tener un hijo de año y medio, y con unos cuchillos que tienen de cobre y de pedernal, cortaban al hijo, y lo asaban, y lo comían. Y viose mas: en casa de un vecino una yndia comer de sus carnes de esta manera: que se ataban dos cuerdas al



El canibalismo de los tupinamba ha sido descrito por Hans Staden (1557), quien, repetidamente, afirma “todo esto lo vi y participé”. La lámina 47 grafica el descuartizamiento del cuerpo de un prisionero al que ya se le han quitado los brazos, piernas y cabeza. En el grabado aparecen mujeres interviniendo, casi con algarabía, en el hecho. Para Arens (197) esto es una demostración de la intencionalidad de ubicar a las féminas en una categoría más baja a la de los bárbaros, fieras y bestias masculinas.

muslo abajo y arriba, y del medio cortaban y comía. Y también se vido el marido a la muger y la muger al marido. Y así, andando los españoles por estas partes, se hallaban casas con cuartos colgados como carnicería y se vendían²¹.

De bárbaros pasan, además, a ser fieras, bellacos y viciosos. Pero nadie se atreve a aseverar que *vio* tales espectáculos. La fórmula actual “se dice” es manifestada “se vio”, “viose” o “se vido” sin mencionar a cristiano que

confirmase el relato. La ficción lleva a mencionar pueblos, cuando se insiste constantemente que no los había entre los mapuches, y dotarlos de cuchillos de cobre, metal que ni siquiera conocían.

Pero aún hay más. El “desde aquí adelante”, pasa, dos páginas después, a modificarse por una costumbre ancestral:

De comerse unos a otros no es de maravilla, que otra vez, según ellos dicen, se habían comido en tiempos pasados²².

Cincuenta años más tarde, González de Nájera observó que los nativos se sustentan de frutas y legumbres, no gustando carne sino raras veces²³, para, a continuación, comentar

son pocos los que destos bárbaros dejan de comer carne humana, de tal suerte, que en años estériles el indio forastero que acierta por algún acaso pasar por ajena tierra, se puede contar por venturoso, si escapa de que encuentren con el indios della; porque luego le matan y se lo comen, como lo hacen a muchos españoles que vienen a sus manos²⁴.

Así los aborígenes pasan a ser “sepulcros” de sus congéneres y de los cristianos. Llegan incluso a comerse a sus padres. A uno de ellos se le achaca comentar

que no avía hallado carne mas sabrosa que la de su madre²⁵.

La antropofagia se saca del escenario ritual. Simplemente es considerada como un hecho del que se tiene noticia por boca de terceros. Pero resulta adecuada a los propósitos envueltos en categorizaciones de bárbaros, bellacos, fieras, sepulturas de hombres, que los convierten, a ojos peninsulares, en seres inferiores. Las afirmaciones contrastan con la realidad. Cientos de españoles apresados a fines del siglo XVI convivían con los naturales al sur de la frontera del río Biobío. Mujeres daban a luz mestizos que llegarían a ser caciques o jefes militares. Los cautivos se canjean por parientes detenidos en los fuertes fronterizos. Ninguna de las relaciones de europeos que convivieron largos años con los mapuches habla de antropofagia aunque sí describen escenas de canibalismo.

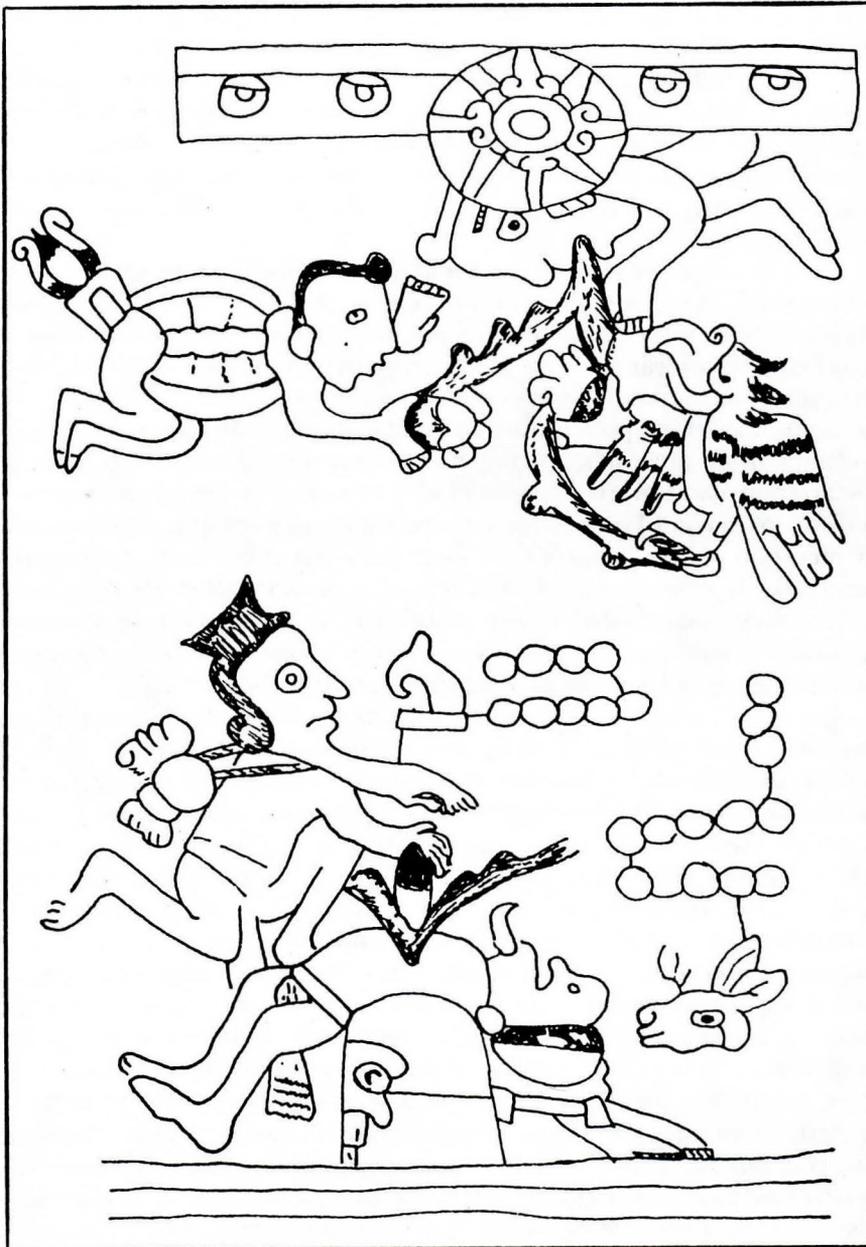
LAS RELIGIONES CANÍBALES DE AMÉRICA

Con el nacimiento de los estados, el animismo comenzó a institucionalizarse. En América las civilizaciones fueron agrícolas. Dependieron de la fertilidad de la tierra, las lluvias, el sol. Pronto, coincidiendo con el surgimiento de una fuerte autoridad central, los espíritus de la tierra, el agua o el sol, se transformaron en dioses y con ellos se exaltó la imagen de una divinidad creadora,

padre y madre de todas las cosas. Si bien es cierto que algunas poblaciones animistas creen en la existencia de un principio ordenador, el Dios Supremo, que vigila el mantenimiento de la armonía natural, se mantenía ajeno al destino y actividades del hombre; no intervenía en nada de lo que le sucediera por lo que éste tampoco se sentía su creatura. No le rendía culto porque su destino estaba en manos de los espíritus del bien o del mal que, para poder actuar, requerían, precisamente, de la estructura sustentada por ese concepto que siempre ha sido.

Tras la adopción de una economía productora de alimentos, energía espiritual en la cual intervenían numerosos espíritus, el culto a ellos se hizo imprescindible, pues de su voluntad pendía la propia existencia de la sociedad. Templos se levantaron por doquier, el mago pasó a ser sacerdote; ya no manejaba a las ánimas, servía de intermediario entre las deidades y los humanos. Carecía de poder sobre las fuerzas divinas. Sólo plegarias y sacrificios impedirían que éstas restringieran el derrame de su bondad hacia un pueblo angustiado ante la imposibilidad de dominar y manejar las fuentes de su dieta cotidiana. El panteón se volvió cada vez más complejo y diferenciado, atendido por una jerarquía de sacerdotes que observaban el comportamiento de la naturaleza, creaban leyendas para explicar los orígenes y funciones de cada deidad y, por sobre todo, se encargaban de mantener fluida la comunicación entre los dioses y sus feligreses quienes les honraban a través de múltiples súplicas, ofrendas y autosacrificios.

Los mexicas, animistas en sus inicios, y herederos de tradiciones religiosas que se remontaban a los comienzos de nuestra era, constituyen un buen ejemplo de las modificaciones cosmológicas introducidas por la agriculturización. Sus concepciones teológicas han sido bastante analizadas. Conservaron el principio ordenador bajo la forma de un ser invisible. *Ometéotl*, Señor y Señora al mismo tiempo, bisexualidad que le permitió crear todo lo existente. Padre y madre del universo y sus dioses, sin embargo tampoco se vinculaba a los hombres. Eterno e inmanente estaba en todas partes y en ninguna. Carecía de templo y ritual. No se le representaba bajo ninguna forma. Sus creaturas, las otras divinidades, en cambio, poseía una imagen conocida, un culto establecido y una historia cuyos sacerdotes se encargaban de divulgar y acrecentar, contribuyendo a la identificación del dios con un héroe civilizador, un ser que bajo apariencias humanas roba del universo divino los alimentos para traspasárselos, junto a las artes, ciencias y técnicas, a su humanidad. Con esa acción otorgó calidad de hombres a seres que vivían como animales o entregó las herramientas para que figuras moldeadas en barro o amasadas en maíz, adquiriesen movimiento, lo que equivalía a existencia, e instrucción. Así empiezan a connotarse *Tláloc*, señor de las lluvias y tormentas; *Quetzalcóatl*, la serpiente emplumada; *Tezcatlipoca*, el espejo humeante, y *Huitzilapochtli*, el colibrí zurdo, estos dos últimos encarnadores del sol del atardecer y del amanecer respectivamente. A continua-



Dibujo del *Códice Selden* que muestra al dios del Sol, en la parte superior, bebiendo la sangre, ofrecida por otras deidades, que proviene del corazón y pecho de un recién sacrificado en la sección inferior.

ción se ubicaban una serie de deidades relacionadas con los fenómenos naturales, el mundo vegetal y animal, el tiempo y el inframundo de la oscuridad y la muerte. Más abajo, en íntimo contacto con los hombres, se hallaban las ánimas cumpliendo su mismo papel consuetudinario.

Subyacente al pensamiento religioso mexica se hallaba la idea del sacrificio genérico de sus divinidades para crear y dar movimiento a los seres que poblaban el mundo del quinto sol. Donaron su sangre para amasar el polvo de los huesos molidos de los muertos, hurtados desde el reino de las tinieblas, mezclándolos para darle forma y vigor a la naciente humanidad. El sacrificio colectivo traspasó a las nuevas creaturas la obligación de revitalizar a las deidades con sangre humana que, en el fondo, no era sino el mismo líquido celestial empleado en su creación. El hombre inmolado daba su vida al dios y, en perfecta transformación, pasaba a ser parte de esa deidad. El propósito de su muerte lo divinizaba, lo elevaba a una condición que los mortales comunes podían compartir ingiriendo la carne de la víctima ofrendada en los altares sagrados. La asociación parece clara: quien muere para alimentar a un dios pasa a formar una porción de su ser. Tal es el origen del canibalismo mexica, pues al comer la carne del mártir santificado se comparte la energía vital que regenera tanto a los dioses como a los humanos. González²⁶ piensa que incluso se llegó a dedicar sacrificios para mantener la fuerza del monarca.

La ofrenda humana se efectuaba en la parte anterior del templo en la cúspide de las pirámides, ante la presencia de los feligreses que observaban desde la plaza frente a la escalinata del santuario.

Música, danza y cantos acompañaban a la víctima mientras ascendía a la cima piramidal, vestido como el dios a quien se inmolaría. Ello creaba un ambiente propicio para caer en trance, estado psicológico que solía ser ayudado por los efectos de hongos alucinógenos. Así se iba gestando la unión del creyente con su divinidad, a la que podía ver y escuchar cuando el sacerdote alzaba el corazón recién extraído hacia el cielo. La sangre se vaciaba en un recipiente a fin de ungir el o los ídolos de la deidad revitalizada. El resto permanecía para consumo del sol. El cuerpo era entregado al captor, pues sólo se “beneficiaban” prisioneros de guerra, quien, ayudado de su grupo familiar, procedía a despostarlo para cocinarlo. El tronco pertenecía a los animales. Habiendo sido vestido, tratado y actuado como dios antes del sacrificio, por obra de transfiguración mágica había sido temporalmente una divinidad y fallecido en ese estado. El alimento familiar no estaba, pues, compuesto de carne humana. No se consideraba un acto antropófago, puesto que se comía la cáscara que albergó el nutriente líquido de las deidades y, por tanto, se impregnó de ella. En el fondo continuaban presentes las raíces animistas del canibalismo, intentando ingerir los espíritus que podían buscar venganza. Respecto al modo de prepararlo Sahagún cuenta que



El sacrificio ritual mexica de acuerdo a lámina en la obra del padre Diego de Durán: *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*. Mientras la víctima es sostenida por cinco sacerdotes, un sexto clava en su pecho el cuchillo que le permitirá extraer el corazón. La sangre, brotando a borbotones, revitalizará a las deidades que rigen el destino de la humanidad.

cocían aquella carne con maíz y daban a cada uno un pedazo de aquella carne en una escudilla o cajete, con su caldo y su maíz cocido y llamaban aquella comida *tlacatlaolli*²⁷.

sin otra mezcla que sal y flores de calabaza. Su categoría de alimento singular impedía se le agregara el condimento general de la cocina mexicana.

La enorme cantidad de sacrificios humanos practicados por los mexicas se ha intentado explicar por motivos más materiales que los puramente mágico-religiosos. Harner cree ver una utilización del ritual para palear un mal endémico a la cuenca del lago Texcoco: la escasez de proteínas animales²⁸. Duverger, por el contrario, expresa

que el canibalismo no es —ni fue nunca— la motivación del sacrificio. Los aztecas no matan a sus semejantes para procurarse carne²⁹.

Sin embargo tampoco podían permitirse la dilapidación de esa cuantiosa reserva nutritiva constituida por los cuerpos inertes:

la eficacia energética del sacrificio pasa por el banquete reconstituyente de las fuerzas. La producción calorífica es una de las consecuencias —físicamente perceptibles— del sacrificio seguido de la regulación del uso de la carne. Y el hecho de que las víctimas aztecas sean víctimas humanas no cambia en nada el principio sacrificial que ordena que se consuman los idolotitas³⁰

Yolotl González (1985) piensa que la incapacidad de esclavizar a los prisioneros de guerra en una ciudad densamente poblada como Tenochtitlán, llevó a sacrificios ceremonialmente. En ese contexto el inmolado actuaba

Como elemento transformador-renovador, proceso en el que la víctima-imagen de dios fundía su *mana* con el del cosmos o renacía en otra dimensión o en otra época histórica, que podía ser otra edad cósmica...³¹.

Sin duda pudo haber variadas motivaciones, económicas o demográficas, involucradas en el sacrificio humano y la posterior ingestión de partes del cuerpo. Pero ellas, con seguridad, se desarrollan a partir de una tradición mágica plenamente difundida en Mesoamérica. El caso azteca llama la atención, más que nada, por la frecuencia y cuantía de seres ofrendados, y por la práctica de ficciones, como las “guerras floridas” para obtener prisioneros³².

CONCLUSIONES

En el cuadro costumbrista de la América prehispana fueron comunes actos antropofágicos. Sin embargo gran parte de ella están insertos en contextos rituales, características del canibalismo. Éste tiene como propósito absorber el espíritu que habita en algunos órganos del cuerpo humano en la convicción que así se adquirirán las cualidades y destreza demostradas por un individuo en sus diarias actuaciones y, al mismo tiempo, se evitarán las temidas venganzas.

Comer carne humana por gusto, la verdadera antropofagia, no parece haber sido habitual. Quizás en épocas de necesidad lo hicieron como ocurre en cualquier parte del mundo. Incluso los españoles no vacilaron en ingerirla durante el asedio de las ciudades al sur del río Biobío en los primeros años del siglo XVII. En Osorno, según cuenta Quiroga, la hambruna alcanzó hasta tal punto

que habiendo llegado un indio de Chiloé con cartas a la ciudad, se lo comieron crudo aquella noche y hallaron los huesos limpios de carne al día siguiente, sin poder averiguar quien se lo había comido, aunque se hicieron grandes diligencias por todos aquellos que no habían tocado parte del convite...³².

El relato puede ser exagerado pero demuestra que el español se explica la antropofagia en determinadas circunstancias. ¿Por qué, entonces, tiende a convertir a los nativos en “sepulcros de hombres”? Probablemente por la necesidad de barbarizar aún más a los aborígenes para justificar la explotación laboral inhumana y el régimen de esclavitud a que estaban sometidos muchos de ellos. De ahí surgió el mito del canibalismo prehispano, empleando un término de origen caribeño que, en su esencia, tenía un significado muy diferente.

ABSTRACT

The present article discusses the validity of the anthropophagic concept as a synonym for cannibalism. The latter refers to the eating of human flesh in a ceremonial context as inferred from the description of ritual acts in the societies of prehispanic America. He endeavors to demonstrate that the myth of “flesh eaters” arose in order to justify the legal, social and economic position of the American Indian during the colonial epoch.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENS, WILLIAM: *El mito del canibalismo. Antropología y antropofagia*. Siglo XXI Editores. México. 1981 (Original en inglés, 1979).
- BIBAR, GERÓNIMO DE: *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Berlín, 1979. 1558
- DAVIES, NIGUEL: *Sacrificios humanos*. Ediciones Grijalbo. Madrid. (Original inglés, 1981). 1983
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Espasa-Calpe, 1568 Buenos Aires, 1955.
- DURÁN, DIEGO DE: *Historia de los Indios de Nueva España*. Editorial Porrúa. México 1967. 1581
- DUVERGER, CHRISTIAN: *La flor letal. Economía del sacrificio azteca*. Fondo de Cultura Económica. 1983 México (Original francés, 1979).
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARTÍN: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde fines del siglo xv*. Tomos I y II. Madrid. 1825
- FORSYTH, DONAL: "Three cheers for Hans Staden: The case for Brazilian cannibalism". *Ethnohistory* 32: 17-26. 1985
- GONZÁLEZ DE NÁJERA, ALONSO: *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*. Ed. Andrés Bello. 1614 Santiago, 1971.
- GONZÁLEZ, YOLOTL: *El sacrificio humano entre los mexicas*. Fondo de Cultura Económica. México. 1985
- HARNER, MICHAEL: "The ecological basis for aztec sacrifice". *American Ethnology* 4: 117-135. 1977
- HARRIS, MARWIN: *Canibales y reyes*. Argos Vergara S.A. Barcelona. (Original inglés, 1978). 1981
- MARIÑO DE LONÉRA, PEDRO: *Crónica del Reino de Chile*. Biblioteca de Autores Españoles 131: 1580 225-562. Madrid, 1960.
- NÚÑEZ DE PINEDA, FRANCISCO: *Cautiverio feliz y la razón de las guerras dilatadas de Chile*. Colección de Historiadores de Chile. Tomo 3. Santiago, 1863.
- OVALLE, ALONSO DE: *Histórica relación del reino de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago. 1969. 1644
- QUIROGA, GERÓNIMO DE: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. Ed. Andrés Bello. Santiago, 1692 1979.
- ROSALES, DIEGO DE: *Historia General del Reyno de Chile. Flandes Indiano*. Valparaíso, 1877. 3 1964 tomos.
- SAHAGÚN, BERNARDINO DE: *Historia general de las cosas de Nueva España*. Porrúa. México, 1975. 1582
- SAUER, KARL: *The early Spanish main*. University of California Press. Berkeley. 1966
- SILVA GALDAMES, OSVALDO: "Mito y ritual en la civilización azteca". *Cuadernos de Historia* 1984 4: 131-149.
- STADEN, HANS: *The true story of his captivity*. Roberto Mc Bride and Co. New York, 1929. 1557
- VILLALTA, BLANCO: *Ritos caníbales en América*. Casa Pardo, Buenos Aires. 1970

NOTAS

¹Citado por Rojas Mix, 1970, p. 10.

²Arens, 1979.

³Sauer, 1966, p. 155.

⁴Forsyth, 1983.

⁵Mariño de Lobera, 1580, p. 350.

⁶Ibíd.

⁷Núñez de Pineda, 1673, p. 43.

⁸Rosales, 1674, tomo 1, p.

⁹Ibíd.

¹⁰Ibíd.

¹¹Ibíd.

¹²José Bengoa en un análisis de los textos de Historia de Chile utilizados en la enseñanza media, que circula en forma mimeografiada, me alude directamente lamentándose que consignara el hecho de que los mapuches confeccionaban flautas con los huesos de brazos y piernas de sus víctimas. Señala que eso lo contaban para "asustar" a los españoles. Dudo que los cristianos experimentasen temor ante un cuento cuando estaban viendo diariamente los cadáveres de sus compañeros muertos en las refriegas y sabían, por haberlo observado, que comían los corazones y que las cabezas, ensartadas en picas, eran movilizadas por todo el territorio araucano a fin de celebrar la victoria o motivar a otros linajes a incorporarse a la lucha. Dentro del contexto mágico del canibalismo la costumbre adquiere una dimensión nada peyorativa.

¹³Rosales, 1674, tomo 1, p. 153.

¹⁴El uso de cabezas trofeos está bien documentado en la arqueología americana. En las aldeas tupinamba se hallaban ensartadas sobre la empalizada que las protegía. Los mapuches la empleaban como emblema de victoria y como preciado recuerdo, cuando el enemigo tenía renombre, de las hazañas de sus antepasados. Sabían el nombre y la posición de la persona a quien pertenecía el cráneo. Solían beber chicha en él, acto también mágico, porque creían que así podrían manejar otros espíritus para que, por contagio, les permitiese cobrar nuevas cabezas hispanas. El hecho era ancestral y muchos cadáveres provenían de linajes mapuches antagónicos.

¹⁵Las flautas no sólo se confeccionaban de huesos humanos. Las había también de animales y aves. En sociedades animistas siempre existía temor a la reacción de los espíritus de cualquier ser a quien se quitaba la vida, pues, en el fondo ello implicaba liberar su energía vital, que seguía accionando en el mundo de los vivos. De ahí la búsqueda de medios para ahuyentarlos o mantenerlos a una distancia apropiada para manipularlos. Incluso se conservan los huesos envueltos, como ocurría entre los mexicas (véase lámina 5), con el claro objetivo de encerrar al espíritu que lo animó.

¹⁶Mariño de Lobera, 1580, p. 463.

¹⁷Ovalle, 1644, p. 110.

¹⁸Rosales, 1674, tomo 1, p. 135.

¹⁹Rosales, 1674, tomo 1, p. 147.

²⁰Bibar, 1558, p. 224.

²¹Bibar, 1558, p. 226.

²²Bibar, 1558, p. 227.

²³González de Nájera, 1614, p. 41.

²⁴González de Nájera, 1614, p. 45.

²⁵Bibar, 1558, p. 243.

²⁶González, 1985, p. 100.

²⁷Sahagún, 1582, tomo 1, p. 143.

²⁸Marner, 1977.

²⁹Duverger, 1983, p. 184.

³⁰Duverger, 1983, p. 185.

³¹González, 1985, p. 305.

³²Silva, 1984.

³³Quiroga, 1692, p. 291.

A mayor abundamiento Ulderico Schmidt en su *Relación del viaje al Río de la Plata*, publicada en Frankfurt en 1567, refiere que los fundadores de Buenos Aires pasaban tanto hambre que un día, de junio de 1536, “sucedió que tres españoles robaron un caballo y se lo comieron a escondidas, y así que esto se supo, se les prendió y se les dio tormento para que confesaran. Entonces se pronunció la sentencia de que se ajusticiaran a los tres españoles y se les colgara en una horca. Así se cumplió y se les ahorcó. Ni bien se los había ajusticiado, y se hizo la noche, y cada uno se fue a su casa, algunos otros españoles cortaron los muslos y otros pedazos de los ahorcados, se los llevaron a sus casas y allí los comieron. También ocurrió entonces que un español se comió a su propio hermano que había muerto”. El episodio refleja, por otro lado, las penalidades a que estaban sometidos los conquistadores en tierras habitadas por sociedades sin una organización estatal.